

La rebeldía carlista.

Memoria de una represión silenciada

**Enfrentamientos, marginación y persecución
durante la primera mitad del régimen franquista
(1936-1955)**

Josep Miralles Climent

La rebeldía carlista.

Memoria de una represión silenciada

**Enfrentamientos, marginación y persecución
durante la primera mitad del régimen franquista
(1936-1955)**

·SCHEDAS·

·COLECCIÓN LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI·HISTORIA DEL CARLISMO·4·

La rebeldía carlista. Memoria de una represión silenciada
Enfrentamientos, marginación y persecución durante la primera mitad
del régimen franquista (1936-1955)

© 2018, del texto, Josep Miralles Climent

© 2018, de la edición,

SCHEDAS, S.L.

Paseo Imperial 43C, 6^oD. 28005-Madrid.

www.schedas.com Tel. 911264770 ofi@schedas.com

Diseño de cubierta: MMB

ISBN (impreso): 978-84-16558-71-1

ISBN (EPUB): 978-84-16558-72-8

ISBN (Kindle): 978-84-16558-73-5

Printed: CreateSpace, Amazon.com

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
PROEMIO	13
PRÓLOGO DE JOSEP MARIA SOLÉ I SABATÉ	21
INTRODUCCIÓN	25
CAPÍTULO 1. Guerra civil y resistencia a la unificación	51
<i>La sospechosa muerte del rey carlista D. Alfonso Carlos I</i>	52
<i>Primeras acciones contra el carlismo antes de la Unificación</i>	53
<i>Represión tras el decreto de Unificación</i>	62
<i>Incautación, prohibición, persecución y clandestinidad de la prensa carlista</i>	99
<i>Clausuras de círculos carlistas</i>	112
<i>Un escrito a Franco</i>	120
CAPÍTULO 2. Enfrentamientos y persecución en la posguerra	125
<i>Enfrentamientos y persecución política</i>	126
<i>Tormentoso renacimiento de la AET</i>	174
<i>Castigos a mujeres carlistas</i>	190
<i>Fal Conde en el punto de mira</i>	199
<i>El sangriento atentado falangista de Begoña</i>	207
<i>Repercusiones de la oposición carlista al nazi-fascismo</i>	221
<i>D. Javier en los campos de concentración Nazis</i>	234
<i>Carlistas desterrados</i>	237
<i>Exigencias a Franco por parte de un carlismo perseguido</i>	248

CAPÍTULO 3. Tras la liberación de Don Javier del cautiverio alemán	263
<i>Preparando el camino de una alternativa a Franco</i>	263
<i>Acción y represión por las manifestaciones del 3 de diciembre de 1945</i>	277
<i>Acoso, cansancio y división en tiempos de institucionalización del régimen</i>	291
<i>Años de incertidumbre</i>	322
<i>Viaje de D. Javier por España: entre la tolerancia y la prohibición</i>	336
<i>Nueva expulsión de D. Javier</i>	342
<i>El largo camino de la no beligerancia</i>	344
<i>Franco se decide por la Monarquía liberal y ataca a los carlistas</i>	355
<i>Maniobras gubernamentales en la destitución de Fal Conde</i>	360
EPÍLOGO	367
CRONOLOGÍA DE ALGUNOS CASOS DE REPRESIÓN CONTRA EL CARLISMO (1936-1955)	369
COLOFÓN	407
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	413
ÍNDICE ONOMÁSTICO	421

A Rosalía,
mi compañera

Agradecimientos

A los miembros del jurado del XV Premio Internacional de Historia del Carlismo «Luis Hernando de Larramendi» por haber valorado positivamente el proyecto de este libro. También al patronato de la Fundación Ignacio Larramendi y a su presidente Luis H. de Larramendi por la beca concedida para esta investigación.

A los compañeros de fatigas en la labor de recuperar la memoria histórica del carlismo, por su colaboración en estas páginas: Manuel Martorell, de Pamplona; Joaquín y Javier Cubero, de Gijón; Víctor Sierra-Sesúmagá, de Vizcaya; Miguel Ángel Llopis, de Barcelona/Tortosa; Xavier Lubelza, de Barcelona; Luis H. de Larramendi y Javier Onrubia, de Madrid; Manuel Herrera, de Valladolid; Iciar Inglés, de Castelló; Juan José Plaza, de Monòver; Vicent Morellá, de l'Alcúdia y Marisa Martín, de València/Segorbe. A los ya fallecidos: Cales Vilar, de Vila-real, José Ferrer, de Lliria y Juan Pascual Fandos, de Borriana.

A los becarios y trabajadores del AGUN y a los trabajadores del AGA, de la FNFF y del AGCC por facilitarme el acceso a los documentos requeridos.

A Josep M^a Solé i Sabaté por manifestar su interés en escribir el prólogo.

A mis compañeros del Centre Valencià d'Estudis Carlistes; del Seminari d'Història Local i Fons Orals de la UJI y del Grup de Recerca de la Memòria Històrica de Castelló.

A Rosalía, por su paciente colaboración en la revisión del texto y por sus siempre acertadas críticas.

Proemio

I

Todos los libros que edita la Fundación Ignacio Larramendi dentro de su colección dedicada a la Historia del Carlismo, vinculados con el premio internacional Luis Hernando de Larramendi, llevan en su parte final un epílogo que da cuenta de las características del premio de historia, de la composición del jurado, de las actividades en la fundación y de su fundador y de la figura a la que está dedicado el premio, don Luis Hernando de Larramendi y Ruíz, gran tribuno tradicionalista.

En este libro concreto nos ha parecido en la fundación interesante que, además de ese epílogo tradicional, se incluyera esta primera noticia al lector explicando el porqué la fundación ha decidido, a propuesta del jurado de la XV edición del premio, apoyar económicamente la realización de este trabajo y proceder a su publicación.

El interés del trabajo que representaba para su desarrollo don Josep Miralles estaba muy vinculado a la propia actividad carlista de D. Luis Hernando de Larramendi y Ruíz y a la del fundador, Ignacio Hernando de Larramendi, mi abuelo y mi padre respectivamente, que sufrieron en carne propia las dificultades de su falta de adhesión al régimen, tras la forzada unificación/asimilación que para la destrucción del carlismo se hizo con Falange Española.

De hecho, la gran obra de don Luis Hernando de Larramendi y Ruíz, "Cristiandad, Tradición y Realeza", fue tachada por la censura cuando bajo el título "el Estado tradicional" fue presentada a publicación en 1937, y sólo pudo publicarse, con el ardid del cambio de título y otros cambios menores, de orden de sus páginas en 1952, ya que no fue reconocida como la obra en su día censurada.

Tanto en Ignacio Hernando de Larramendi como su hermano Alfonso sufrieron en su propia carne las inclemencias políticas de esa falta de adhesión, visitando los calabozos o estando meses en el presidio Nanclares de Oca.

Los boletines carlistas eran su mayor parte clandestinos, y de hecho la fundación de su constitución adoptó como marco de su actividad un artículo publicado por el gran tribuno don Luis en un boletín de estudiantes clandestinos en 1942, que se reproduce también al inicio de este libro, junto con una reproducción de las páginas del libro “Así se hizo Mapfre. Mi tiempo” en que mi padre narra sus vicisitudes políticas en los primeros años cuarenta.

Por esos antecedentes, aun cuando el jurado no hubiera votado, en un muy reñido debate, que la obra se alzaría con el premio, se acordó por jurado someter a la fundación, a su patronato, la publicación de la obra, lo que teniendo en cuenta esos aspectos fue finalmente acordado por la fundación y llevado a efecto, de manera brillante, en este libro al que estas líneas son palabras preliminares.

El libro es, claro está, fruto de la investigación y de la obra y trayectoria de su autor, Josep Miralles, y responde, como toda obra, al enfoque personal y subjetivo de los hechos, enfoque que desde la fundación se ha querido respetar, como se ha respetado siempre la obra de los autores, por más que no siempre las opiniones o los resultados hayan resultado gratos.

Pero, siendo el objetivo fundacional el estudiar el impacto en la sociedad española del fenómeno carlista, y no existiendo nada que diera fe de esa enemiga que existió entre la corriente principal del carlismo y las autoridades del régimen, parecía necesario apoyar un proyecto como el presentado por Josep Miralles, máxime en un momento en el que una revisión historiográfica pretende mostrar una imagen distinta de esa realidad que aquí se recoge.

Gracias a Josep Miralles por su esfuerzo, deseando que este libro alumbrara, de manera definitiva, unos hechos a los que la luz de la historia no había todavía iluminado.

LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI M.
PRESIDENTE FUNDACIÓN IGNACIO LARRAMENDI

II

Reproduccion parcial de las páginas 89, 90 y 91 del libro "Así se hizo Mapfre. Mi tiempo" de D. Ignacio Hernando de Larramendi - Editorial Actas - Madrid - año 2000

Otras actividades.

Cuando llegué a San Sebastián en 1941, después de mis exámenes, estaba exhausto, el esfuerzo excesivo me había agotado. Me costó recuperarme, el primer día que fui a bañarme no podía ni subirme a un bote, pero descansé y me recuperé. Decidí en el curso siguiente hacer las asignaturas de doctorado, no sé por qué proceso mental. Eran interesantes esas clases, muy reducidas, en especial en la asignatura de «Estudios Superiores de Derecho Político», a la que regularmente asistía, que daba Salvador Lissarrague, antiguo de la Institución Libre de Enseñanza. Éramos pocos, entre otros Torcuato Fernández Miranda, después duque de Fernández Miranda; Vicente Marrero, gran escritor y poeta; Luis García Arias, catedrático de Derecho Internacional, y otros menos conocidos. Aprobé las asignaturas, supongo que con sobresalientes, que era lo normal, y obtuve una matrícula que a mí no me interesaba, porque Vicente Marrero, que aspiraba a una carrera académica, me presionó para presentarme pues él no quería hacerlo solo; nos la dieron a los dos.

Durante este período dediqué tiempo a la «acción política», modesta, como es lógico, continuando con mis actividades en AET, que ya había comenzado en 1938, antes de incorporarme a Radio Requeté y al Tercio de San Miguel. Lo que hacía en ese momento era tener encuentros con otros estudiantes, algunos brillantes, en unos casos en casa de mis padres en Velázquez, donde vivíamos mi hermano y yo; y en la Academia Mella en la calle Barquillo, donde asistió a varias reuniones Jesús Fueyo, que llegó a ser presidente del Instituto de Estudios Políticos, hombre considerado muy inteligente y culto; casi no lo conocí. La Academia era propiedad de un sacerdote, don Máximo Palomar, alma de Dios, carlista, al que pagábamos la oportunidad de utilizar para la política sus aulas dando clases gratuitamente con cierta regularidad a sus alumnos;

sobre todo Rafael Gamba, porque a mí nunca me ha gustado la docencia.

Tuve en aquella época contactos con Juan Zavala, comandante de un Tercio de Requetés, de familia muy carlista (su hermano Pepe fue secretario de Carlos Hugo). Zavala creía que, con sus antiguos contactos, poco menos que podía dar un golpe de Estado, al menos interno. Por supuesto no sirvieron para nada, como siempre pensé ocurriría; era un teórico de la conspiración. Murió bastante pronto. En aquella época también hacíamos lo que llamábamos «saltos», es decir un grupo pequeño, generalmente los domingos, en el Retiro o en el paseo de Recoletos, que empezaba a gritar en contra del Régimen y a favor del carlismo. Fue siempre un fracaso, pues la gente por casualidad reunida era partidaria del Régimen de Franco y ahogaba nuestras intervenciones. También editamos algunas publicaciones clandestinas y una de ellas en el año 1942 fue un artículo que pedimos a mi padre, que he considerado pieza maestra, y que transcribo en este libro. En esos días algunos domingos íbamos al viejo estadio de Chamartín y de los 32.000 espectadores sólo mi hermano Luis Manuel y yo no levantábamos el brazo cuando tocaban los himnos al fin del partido.

En ocasiones salíamos a repartir folletos y hacer pintadas. En 1942, no sé exactamente la fecha, a las once de la noche comenzamos en la Puerta del Sol y aun con gente cerca seguimos haciendo el camino. Iba conmigo mi hermano Luis Manuel y el mayor de los Perreau de Pinnick, a quien no he vuelto a ver. Ya estábamos acabando, cerca de nuestra casa en la calle de Velázquez, cuando nos dimos cuenta de que dos números de la Policía Armada nos apuntaban con los fusiles y nos detuvieron. Nos llevaron a los famosos calabozos de la Dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol, donde estuvimos cuatro días. Fue interesante por la gente que había, sobre todo unos judíos belgas que en Tánger actuaban en salas de fiesta. Uno de ellos era excelente grafólogo. Al ocupar Tánger los españoles, fueron deportados a Madrid; por ayudarle le pedí alguna grafología, por las que cobraba veinticinco pesetas. La mía propia era magnífica, pero en cambio le di una carta de mi novia, ahora mi esposa, a la que consideró como mujer muy peligrosa; claramente no acertó. Después nos llevaron a un

Juzgado Militar para tomarnos declaración; dejé pasar primero a mi hermano, pensando que yo podría tener más capacidad de reacción ante algún fallo suyo, pero me quedé preocupado pues se podía tomar por cobardía. Me interrogó un juez militar, parece que era su última actuación en esa capacidad; comenzó diciéndome que era inexplicable con todo lo que se había hecho en la guerra que personas como nosotros tuviésemos esa actitud. Le dije que aceptaba sus decisiones, pero no las lecciones. Al final quedamos amigos y pienso que él algo apenado. Después nos tuvimos que presentar cada quince días durante casi un año.

Recibimos anónimos de grupos falangistas amenazándonos, no los hacíamos caso ni realmente nos acobardaban. Fue un período interesante del que ahora tengo nostalgia; el 10 de marzo de 1942 mi hermano fue apaleado en la Cibeles. Ocurría siempre algún incidente en esa fecha, día de los «Mártires de la Tradición» para los carlistas; en Cibeles vio cómo desfilaba un grupo de falangistas y él no quiso levantar el brazo, como exigían a todos los transeúntes, y cargaron contra él llevándole después a una comisaría. Hacia las cuatro de la tarde llegó a casa con la cara absolutamente desfigurada. Él dedicaba más tiempo que yo al estudio. Aparte de la Universidad, donde empezaba a ser brillante, se reunía en casa del conde de Argillo, en la calle Juan Bravo, muy cerca de donde vivíamos, con Cristóbal Martínez Bordiú, después marqués de Villaverde, y Carlos Sainz de los Terreros, brillante pediatra como fue su padre y después su hijo. Los dos han fallecido, afortunadamente no mi hermano. Cristóbal contaba, años después, la admiración que había sentido por él cuando en una clase en la Facultad de Medicina en 1940, con el anfiteatro completamente lleno, sin utilizar el primer banco, que era el de los «caídos», que como respeto así se conservaba, se sentó un estudiante y el matón de turno le increpó durísimamente diciendo que era intolerable hacerlo. Entonces mi hermano, que estaba en la última fila, bajó saltando por encima de los bancos y se sentó en el prohibido sin que nadie se atreviese a decirle nada.

En esta época se pensó que podía haber una invasión alemana, y recuerdo que empezamos a pensar en prepararnos para organizar alguna clase de resistencia; afortunadamente no fue necesario.

III

Artículo de D. Luis Hernando de Larramendi y Ruiz publicado en el Boletín clandestino de los estudiantes carlistas del 1º de Noviembre de 1942

Artículo de D. Luis Hernando de Larramendi Ruiz publicado en el Boletín clandestino de los estudiantes carlistas del 1º de noviembre de 1942.

Un país en que nadie se siente unido al pasado, no es una Patria, es una inclusa.

Los desventurados expósitos dan testimonio de haber nacido, pero, ¿cómo podrán darlo de sus padres?...

Por eso las inclusas políticas modernas hace mucho tiempo que rehúyen sistemáticamente llamarse Patrias, y se llenan la boca a todas horas llamándose naciones. Que no es lo mismo, Nación es cosa de nacer. Nacen los seres humanos, pero nacen también las bestias. Es decir, que las bestias tienen nación. Lo que no tienen las bestias es Patria.

¿Qué les importa el pasado? Apenas nacidos, los irracionales se hacen independientes, pierden toda relación con sus padres, no los reconocen ni son reconocidos por ellos. Se dispersan padres e hijos sin ningún afecto ni vínculo duradero.

Tampoco el futuro les importa. Viven brutalmente, para la satisfacción momentánea de sus instintos más elementales, comer, procrear, defenderse y campar individualmente.

No tienen nada racional que transmitirse.

Pero los seres humanos, sí. Un lenguaje, y con el lenguaje, la fe de su origen y de su fin, las revelaciones divinas, la sabiduría acumulada por el esfuerzo de las generaciones precedentes, la historia de tanta abnegación, y con ellas la veneración a los padres y a los padres de sus padres y a sus antepasados, de quienes, con la sangre, conservan tantos bienes que les conservan en su dignidad superior a los irracionales y les obligan al deber y al honor de merecer, por su propio amor y abnegación, ser dignos de la admiración de las generaciones futuras.

Toda esa Tradición es una corriente espiritual, racional y política que discurre por cauces naturales desde el pasado al porvenir,

sobre vínculos de origen familiar, en el común y perdurable interés de la Patria,

Y ésa es la vida política natural, por ley inviolable. Cuando parece que se viola, los pueblos padecen o perecen, prueba de que la ley es inviolable o indefectible. Como que es legitimidad de origen divino.

Miserables incluseros políticos, que reniegan o desconocen a sus padres. Quieren ignorarlos imitando a los irracionales. Y con esa tendencia meramente animal, no se preocupan de la Patria, sino sólo de la nación. No veneran la tradición de sus padres, pero se dejan domesticar o atrallar por cualquier amo, o arruinar o envilecer por cualquier padrastro o cualquier chulo aventurero. Como no traen en sí el espíritu de la Patria, querrían haber nacido franceses, o ingleses, o alemanes o rusos, o ser híbridos de treinta sangres, según la moda.

Estas inclusas políticas son la ruina de la civilización; con su tendencia animal vuelven de nuevo la humanidad a la fiereza de las selvas; retórnanla a la barbarie, pero no a la barbarie inocente y primitiva, sino la regresiva por corrupción.

¿Y qué podrá ser de los incluseros? Si en las inclusas de la caridad la mortalidad pasa a veces del cincuenta por ciento, en las inclusas políticas mueren todos los miserables expósitos.

¿Qué queda en España de más de quinientos partidos políticos antitradicionalistas aparecidos hace un siglo?

¿Quién se acuerda ya de quiénes fueron los Ayacuchos, los fusionistas, o los idóneos? Los hubo que parecieron arrollarlo y dominarlo todo durante un momento; el poder, la opinión, los triunfos y las ganancias...; pero no se salvaron jamás de la suerte común; apenas nacidos perecieron sin dejar honra de memoria, así como de incluseros o híbridos que vivieron sin honrar a sus padres.

Entre tanto, exonerado, proscrito, confiscado en prisiones, combatido, fusilado, asesinado, perseguido, traicionado, calumniado, silenciado, y vendido durante más de un siglo, dado por muerto mil veces, sólo el Carlismo no ha muerto nunca porque es la vida política española natural de origen divino, la tradición inmarcesible de la España eterna.

Prólogo

El título del libro de Josep Miralles, *La rebeldía carlista. Memoria de una represión silenciada*, es un acierto pleno, ello permite significar de forma precisa la respuesta que tuvo el carlismo posterior a la Guerra Civil. Una actuación generalizada mayoritaria que ha sido silenciada por razones de cómo ha evolucionado la historia de España en los años de la llamada Transición Política -llena de pactos de todo tipo- o desconocida por voluntad expresa de no otorgar el protagonismo que tuvo el carlismo terminada la guerra.

Josep Miralles es un historiador que hinca la investigación en los entresijos más cosidos de la historia del carlismo y nos ofrece aspectos de este periodo que eran sólo conocidos por sus protagonistas y allegados.

El dilema se planteó ya en pleno conflicto bélico. La forzada unión del carlismo en un partido único, Falange Española Tradicionalista y de las JONS, era crear un movimiento de corte fascista y de influencia nazi, hecho que no fue jamás aceptado por el sentir del carlismo más auténtico. Aquel que nunca se dobló a los cantos de sirena del franquismo y que sólo fue aceptado por los que se convirtieron en colaboracionistas del franquismo a cambio de dádivas y cargos políticos.

Mientras duró la guerra las tensiones existieron de forma permanente, pero el enfrentamiento al enemigo común, la II República, hacían que estas no fueran a más. Pero ya sufrieron represión e incluso tuvieron que hacer en algunas ocasiones actividades clandestinas.

Es en la postguerra civil cuando los carlistas, que habían luchado como el que más con el apoyo popular más importante recibido por los militares golpistas, se dieron cuenta que habían sido instrumento de una victoria sin concesiones al enemigo vencido y que permitía el paso a un Dictadura militar en la persona del general Franco.

En los años paralelos a la II Guerra Mundial los carlistas vieron como su candidato, D. Javier era víctima del nazismo, que sobre-

vivió a pesar de todo lo sufrido bajo su atroz dominio, pero también, según nos presenta documentadamente Josep Miralles, hubo sectores del carlismo que vieron que, más allá de las diferencias que tuviera con el gran dirigente carlista Fal Conde, siempre perseguido por el franquismo, la falta de un paso decisivo y firme del candidato D. Javier era evidente.

Ello marcaría aún más la decisión de Franco de mantenerse en el poder, se acercaría al candidato Borbón, D. Juan, el cual ofrecería a su hijo Juan Carlos a quedarse bajo Franco a cambio de regalías jamás esclarecidas pero evidentes de acuerdos que beneficiaban una vida regalada y frívola en Portugal, aunque no su futuro como posible rey de España por la rama liberal.

Los enfrentamientos del sentir carlista alejados de forma paulatina y constante contra el franquismo, el falangismo o los carlistas octavistas, -así llamados los colaboracionistas con la Dictadura-, a lo largo y ancho de toda España es analizado de forma rigurosa y analítica. En publicaciones, actos conmemorativos, celebraciones históricas, reivindicaciones o fiestas propias.

Los carlistas mantuvieron su perfil en el periodo estudiado, hacia mitad de los años 50 del pasado siglo, de una forma nítida, honesta y fiel a sus principios forales, a su fe religiosa y en la creencia de la libre unión de los pueblos de España. Llamará la atención la relación de continuados conflictos y tensiones que se vivieron sobre todo en Navarra, Euskadi, Catalunya y el País Valenciano. La autoridad franquista, vía gobernadores civiles, o con la represión de forma vigilante y constante, intentó desautorizar, humillar, debilitar y, cuando no lo conseguía, multar o detener el carlismo rebelde.

Había un amplio sector social formado por veteranos carlistas y cantera de jóvenes de ellos que, con publicaciones, ideas, ocupando espacios públicos, en celebraciones y, a veces, a golpes, no permitieron que el Régimen monopolizara el sistema político imperante.

Lo que más es de resaltar de este espléndido estudio es el penetrar en la complejidad de un tema que ha sido soslayado demasiado por la historia cuando estaba profundamente incardinado en todos los sectores sociales.

El carlismo ha sido un movimiento político fundamental en la historia de la España contemporánea. Hay que rechazar de plano

la visión ruda y cerril como lo presentan sectores que, curiosamente, coinciden: desde la extrema derecha o de la izquierda estatista y sectaria. Una coincidencia que no es casualidad. Es la voluntad de borrar un movimiento popular que no comulgó con ruedas de molino con el franquismo y que a pesar de haber sido parte fundamental de su victoria militar tuvo la entereza moral de apartarse de una Dictadura sanguinaria y cruel.

Un libro útil y necesario, al que debieran seguir más estudios de investigaciones parecidas, un riguroso estudio más que recomendable.

JOSEP MARIA SOLÉ I SABATÉ
CATEDRÁTICO DE LA UAB

Introducción

La dictadura franquista fue el resultado de una guerra civil provocada por el alzamiento militar contra la Segunda República Española. En dicha rebelión también participaron gentes del pueblo que estaban descontentos con el régimen por causas diversas. Entre estos se encontraban los carlistas que, con sus 60.000 voluntarios requetés -otros tantos no pudieron hacerlo por fracasar la rebelión en sus zonas-, contribuyeron a ganar la guerra, aunque, como se ha dicho en muchas ocasiones, fueron vencidos en el campo de los vencedores.

La Segunda República había llegado el 14 de abril de 1931 tras unas elecciones municipales en las que, paradójicamente, no ganaron los republicanos, sino que lo hicieron las candidaturas monárquicas. Lo que pasó fue que los republicanos ganaron en la mayor parte de las grandes ciudades y los monárquicos en las zonas rurales. Independientemente de la distinta valoración que se pueda hacer entre las gentes urbanas y las rurales, el caso es que se impuso la ciudad al campo y provocó un estallido urbano y de las instituciones que presionó al rey para que abandonara el país. Nadie movió un dedo para salvarlo. Hasta el mismo general Sanjurjo dijo que no se podía garantizar la lealtad del Ejército.

Es cierto que la monarquía alfonsina estaba ya tan desprestigiada que entre los poderes fácticos eran ya muy pocos los que la apoyaban. Alcalá Zamora, antiguo ministro del rey, se convirtió en el promotor del Pacto de San Sebastián firmado el 17 de agosto de 1930.

El objetivo del Comité salido de San Sebastián era promover un pronunciamiento militar para provocar el derrocamiento de la Monarquía. Para ello contaban con una buena parte de los militares, como Queipo de Llano o el aviador Ramón Franco, hermano del futuro dictador. Contra lo que se suele decir, la mayor parte de los militares abogaron por el cambio de régimen y no sólo aceptaron de buen grado ese cambio, sino que estuvieron implicados